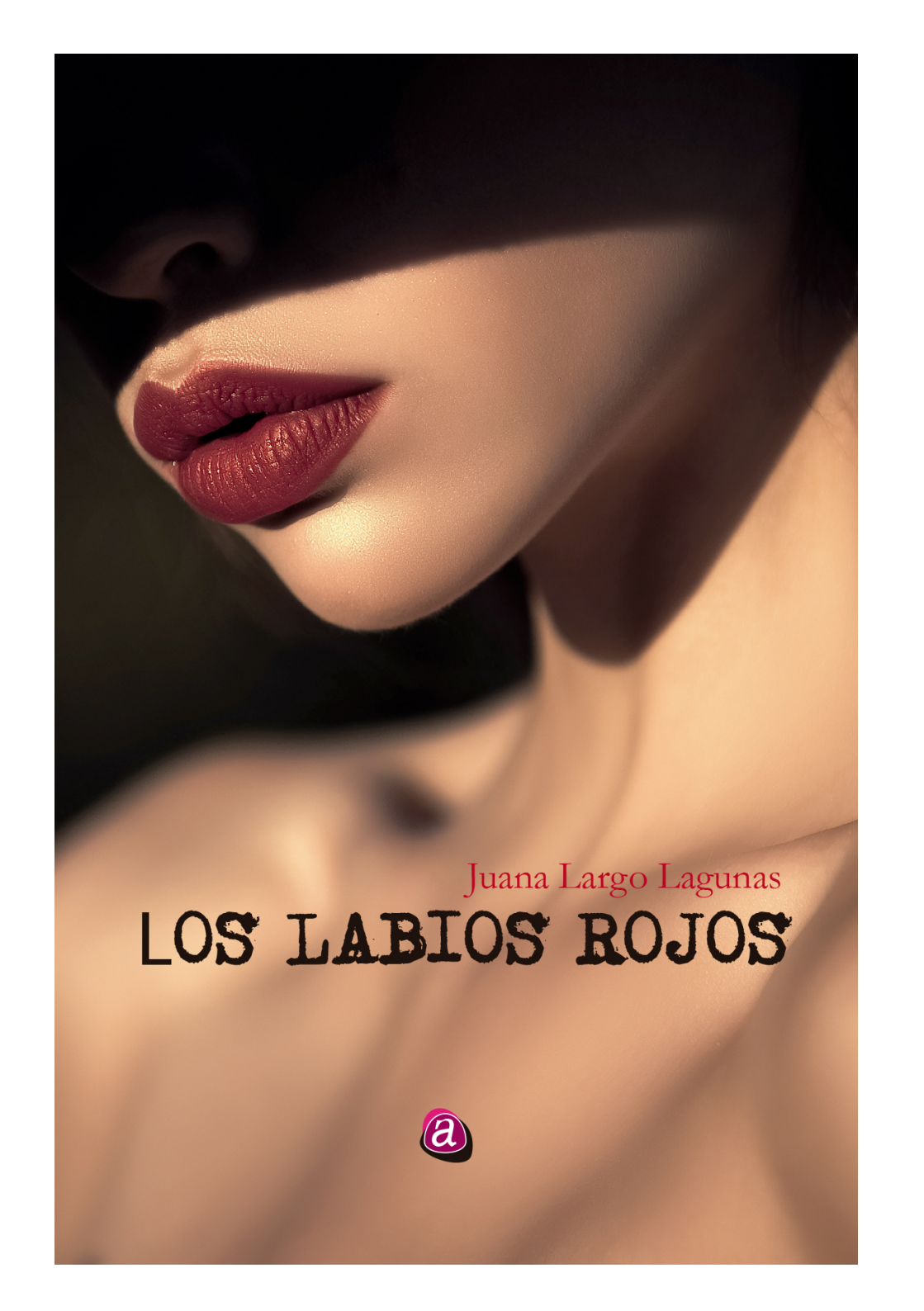


A close-up, artistic photograph of a woman's face, focusing on her mouth and chin. She has dark hair and is wearing bright red lipstick. The lighting is dramatic, with strong shadows on the right side of her face and neck, and highlights on her skin and lips. The background is dark and out of focus.

Juana Largo Lagunas

LOS LABIOS ROJOS



LOS LABIOS ROJOS

Juana Largo Lagunas



Ediciones Albores

LOS LABIOS ROJOS

1ª Edición: Sevilla a 30 de Noviembre de 2022

©Copyright de la obra: Juana Largo Lagunas

©Copyright de la edición: Ediciones Albores

Email: info@edicionesalbores.com

ISBN: 978-84-19385-49-9

Web editorial: www.edicionesalbores.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra, así como su contenido y/o el diseño de portada y contraportada. La editorial se exime de toda responsabilidad sobre los posibles daños o perjuicios que pudiera ocasionar el contenido mismo de la obra.

PENNY, LA PORQUERA

Penny, que estaba esperando con intensidad la llegada del verano, cada día de aquel mes de mayo y las fechas siguientes, pasaba por la puerta del bar y veía el cartel anuncio de la gran celebración, y se quedaba allí quieta, embelesada, mirando fijamente todo lo que decía el cartel y hasta estar absorta. Era casi como cuando se anuncia la llegada de un circo, como ocurría en otras ocasiones, y una no podía más que desear con ahínco la llegada de ese circo al pueblo, aunque se encontrara a unos diez kilómetros de la capital y en la capital fueran a dar mejor función, pero igual que la llegada de un circo se espera con anhelo, para asistir al evento, lo de aquel cartel constituía en el pueblo un gran evento como no se había dado en mucho tiempo, en un pueblo que ya empezaba a entrar en las sierras y que se encontraba un tanto abandonado, menos para tener algunas instalaciones modernas como eran bar, piscina y hotel.

Hacía un par de semanas que algún encargado de la familia Fresnal había puesto el cartel y, desde que había sido colocado en la puerta del bar, Penny no había dejado de fijarse a sus dieciocho años soñando un poco con lentejuelas y champán y el necesario ardor del cuerpo con el deseo de llegar a algo más con aquel que con lo que se encontraba ahora, como desierto.

Su vida había sido como siempre. Cuidando los cochinos de la pequeña granja, el trabajo y la hacienda que le había dejado, antes de morir, su padre y que al que ella se había tenido que adaptar, aun recién salida de la escuela del pueblo, porque no tenía ni iba a tener, tal como estaban las cosas en el mundo, otro trabajo u otra labor; ya era bastante para sacarse unas perrillas y poder pagar la manutención de la casa en la cual vivía con su madre, la cual, a su edad ya mayor, seguía bordando y bordando cada tarde y cada mañana una falda y un corpiño para que, alguna vez, Penny se llegara a casar, tal como le había prometido aquella a su esposo en el lecho final.

En cuanto a las hermanas que tenía nuestra protagonista, decir que se llamaban Isabel y Tina y que eran mayores que Penny y que Isabel vivía casada y con niños en la capital, con un funcionario de alto copete, y que Tina vivía en el pueblo con un ganadero de muchos pares, igualmente con niños de por medio. Cuando venían a la casa familiar con

Penny y la madre, ellas mostraban, al mirar, al mirar todo aquello, como si no hubiera sido de su incumbencia nunca y nunca hubieran debido estar allí, un desapego autosuficiente que daba en una cara de una cierta repugnancia y ostentación de su asentamiento en la vida en tanto la madre y la hermana, Penny, tenían que pasar sus días allí, aunque, por ejemplo, en invierno no tuvieran ni calefacción. Por entonces Penny se callaba ante las numerosas objeciones que hacían las hermanas a la casa, y veía Penny que no podía hacer nada para establecer un hogar con una mayor comodidad en el que tener un cierto bienestar, tenía que aguantarse esas exigencias de Isabel y Tina, porque eran sus hermanas mayores y debía tenerles respeto, aunque, siempre que iban, salieran luego sulfurosas de la casa ante la “pereza”, decían ellas, de su madre y de su hermana, sobre todo de Penny, acaso porque además le atribuían la actividad de llenar papeles con lápices de letras y chismes que luego se guardaba... Al final les parecía una casa de muertos indigna de ser vivida, por eso ellas no estaban viviendo allí, se entiende...

Y la verdad, no tenían una casa muy adaptada a los nuevos tiempos en los cuales se tenían todo tipo de electrodomésticos y de detalles de mostrar una cierta conformidad con el resto de las casas del pueblo y de la ciudad, al contrario, era una casa humilde que se mantenía en, digámoslo así, servicio igual que hacía unos veinte años, cuando vivía toda la familia junta. Pero no habían llegado a más. Y el último año, en realidad, había sido también malo. Ahora parecía que, tras el fallecimiento del padre, las cosas de la casa y de la granja iban a peor, como si una mano masculina fuera la única capaz de mantener y levantar el nivel de trabajo allí; el último año, en el 2012, había sido fatídico. Los precios habían bajado mucho, y los lechones ya no valían lo que antes valían. El pienso era caro y mantener la granja era un suplicio de tal modo que a Penny le daban ganas de dejarla cualquier día, solo que no se decidía, ¿qué iba a hacer si no? Vivía con su madre, ¿no?, pues tenía que amoldarse a eso y hacer maravillas con las cuentas y con la cría de cerdos, aunque no llegara al nivel de permanencia que tenían unos años antes, cuando todo parecía ir viento en popa, antes de la Crisis. La Crisis le afectaba a todo el mundo..., bueno, a sus hermanas parecía que no, por eso seguían tan petulantísimas y ostentosas, pero a Penny, solo el hecho de llegar a fin de mes, se le hacía imposible y tenía que ir eliminando gastos de otro tipo para que ella y su madre, pudieran seguir viviendo en la casa aun con necesidades. Por lo menos su madre bordaba y bordaba,

mientras Penny, pasaba muchos ratos de sus días en la nave de los cochinos escribiendo y pensando en lo fatídica que se había puesto la vida. Su padre, cuando le había dejado esto, no se había imaginado ni por asomo lo que iba a ocurrir un poco de tiempo después de morir de una infección en la sangre tras una caída golpeándose e hiriéndose en hierro oxidado.

Pero al llegar el verano todo le cambió la vida a Penny. El calor, la luz, el buen tiempo, el florecimiento de toda la naturaleza y campiña en derredor al pueblo, los pastos verdes, los trigos ya amarilleciendo, los árboles frondosos, el nuevo ánimo con este buen tiempo por parte de los vecinos, la apertura de horizontes en la sierras, todo todo hacía que Penny viera con mejores ojos el mundo, y sus pensamientos se tornaron positivos y de esperanza, aunque no fuera más que por aquel cartel de la puerta del bar que ella veía con ojos renovados de la soberbia del fragor del principio de verano. Algunos días había ido ya a la piscina del municipio en el extremo oriente del pueblo, donde, en verano, también se montaba un barcito, y allí se bañaba en tanto se encontraba rodeada de chicotes que la miraban y la dejaban, indeclinablemente, la miraban y la dejaban, mientras las chicas no le prestaban ni la menor atención. Ella miraba a los chicos, con su bañador con la delantera prominente, miraba sus rostros, sus espaldas, su pecho, y no se decidía por ninguno porque ninguno se le decidía a ella. Y acaso fuera ello, pensaba Penny, por su mirada bizca tan característica y su pelo de trapo. O al menos era lo que alguna vez le había dicho algún chico del pueblo por él y por los demás chicos cuando había hablado en algún momento inopinado con ella. Que su mirada hacía que uno se inhibiera, “nos da vergüenza”, le había dicho el chico, “además con ese pelo de escoba o de trapo que tienes”... Ningún chico, ni en la escuela ni en sus años postreros, había osado acercársele, ni mucho menos para decirle que, a pesar de defecto de los ojos, y de su pelo áspero, era bonita... Penny salía del ámbito de la piscina muy decepcionada, y se iba diciendo por el caminito de vuelta a su casa que nunca, nunca jamás, haría caso a ninguno de aquellos chicos, ni de aquellas chicas, que tanto la habían marginado y la marginaban, de tal manera que estaba sola y solo podía hablar con algún cochino simpático de su granja.

Poco antes de llegar la fecha de la celebración del evento que se había anunciado desde dos meses antes en el cartel que Penny miraba en la puerta del bar, pues le llegó a la madre de Penny la invitación para la

gran fiesta que se había de dar en el Hotel Sierra, en donde se iba a celebrar la despedida de soltero de Hugo, el hijo mayor de la familia de los Fresnal, propietarios del Hotel. Su madre le pasó la invitación a Penny, porque la que tenía que ir a tal acto era ella, pues la madre no estaba para trotes, y veía en la hija el ardor de la juventud, y Penny la leyó y la relejó mil veces, porque no se lo creía que fueran capaces de invitarlas, aunque, bueno, seguramente habrían invitado a todo el pueblo, y Penny empezó a ponerse nerviosa, no sabiendo si podría aguantar de nervios hasta el 28 de junio. Tenía que dominarse sin duda, mas el caso era que la madre se tuvo que dar más prisa en la confección del corpiño y de la falda bordados... Su madre trabajaba contenta, segura de sí misma, como si se guardara un secreto de la vida y la resolución de ese secreto fuera a salir bien. Y por eso no le decía nada a la chica, para que no se soliviantara y para que no pusiera esperanzas ciegas en la fiesta por venir, sabiendo que era una chica jovencita que nunca había ido a ninguna fiesta particular, aunque a esta fuera ahora todo el pueblo, excepto las del pueblo en agosto... Pero el que sabe, sabe, y la madre sabía, más sabe el viejo por viejo... que por diablo...

La noche anterior la pasó Penny en una duermevela en la que veía de todo. Sobre todo, quería entrar en la fiesta, pero todavía no se imaginaba cómo era la fiesta, y entonces se imaginaba un salón tipo Luis XVI, como los que había visto en los libros que había estudiado de Historia en la escuela, como los de las películas de grandes familias en la tele, como los de los cuadros en los cuales se veía a damas floridas y caballeros caballerosos que las sacaban a bailar el minué y eso le gustaba... A veces despertaba y miraba su vestido negro en la silla de su alcoba, aquel vestido que su madre le había estado bordando durante tantos años. Y veía a su madre sentada en la sillita, concentrada en la labor, con sus gafas de ver para coser, y bordando, lentamente, bordando, día tras día y sin cesar... Se veía vestida ya, porque se lo había probado unas horas antes, y se había visto magnífica. ¿Estaría igual de magnífica en la fiesta de los Fresnal?... La ley de su pesimismo y de sus probabilidades le daba a entender que no sería ningún éxito, como no tenía ningún éxito en el pueblo, aunque se pusiera bikini y se bañara en el agua fresca de la piscina en medio de todos los muchachos y muchachas, ah, su cuerpo era no deseado, su cuerpo no le atraía ni al camarero, todo el mundo la veía siempre igual, sin llamar la atención por nada, más que por sus ojos bizcos y su pelo que, a todos, les parecía de muñeca de

trapo o de escoba o de esparto, ese pelo amarillo suyo que no echaba más que para atrás. Y, sin embargo, por la noche, antes de acostarse, se había lavado en el balde y se había lavado el pelo, y se lo había visto sedoso y liso y hermoso, un pelo que jamás sabría apreciar más que su madre, cuando le había dicho:

-Hija mía, ¡si no le llamas a nadie la atención con ese pelo...!

El trance del lavado, junto con la prueba del vestido, y los sueños que llevaba en su cabeza todavía joven, la habían trastornado un poco, y con ese trance de metamorfosis, ahora se veía bella y mujer, por eso, en los desvelos del sueño, se veía ahora cogida por el brazo por un señor con frac y con sombrero, un señor que había de leer todo lo que ella había escrito durante su vida..., un señor que la hacía montarse en un landó y arrancar, arrancar a no sabía que lejanía de amanecer, champán y besos... Ah, pero eso solo ocurría en las novelas, las novelas de amor que también había leído ella, no en la realidad, y, bueno, si ella había leído novelas de amor, de esas novelas que se compraba en un kiosko cuando tenía que ir a la ciudad con el coche, bueno, si había leído esas novelas, ¡pues mejor!... Así podría ser más feliz soñando, como ahora, pues siempre es mejor tener sueños, el o la que no sueña es infeliz, eso pensaba ella, y mejor imaginarse el futuro con un poco de bondad, no va a ser todo malo en la vida, no va a ser todo el asunto de la Crisis y todo lo que significaba para ella y para los pobres la Crisis... Algo tendría el futuro, y lo deseaba en su duermevera con fuerza, su corazón saltaba, y se dormía y se dormía hasta que, al amanecer, los rayos de sol entraron por el ventanuco y la rozaron en la mejilla, y ella pensó, antes de despertar, que era la mano de un caballero y que estaba en un bosque amándose a la orilla de un río... Cuando, al despertar, vio que era un sueño y de que, otra vez se dijo, los sueños, sueños son, y no son realidad... Por la mañana solamente dio un repaso a la granja (les había dejado a los animales el día anterior pienso de sobra y no esperaba ningún parto) y estuvo, toda la mañana, hablando de los Fresnal sentada al lado de su madre en tanto su madre le hablaba ya no solo de los Fresnal sino de toda la gente del pueblo, de la cual Penny sabía algo, pero no gran cosa, su madre estaba alegre porque presentía algo favorable, y tuvo que desengañarla Penny, porque no se puede soñar despierta... Con lo cual su madre se contuvo y llegó la hora de comer. Por la tarde se fueron ella y su madre a casa de una vecina, y la vecina no cabía en su gozo y en su sorpresa al ver a una chica que conocía de toda

la vida, Penny, tan hermosa que asustaba hasta las viejas del pueblo, o eso le decía al menos la vecina... Malo es que me crea todo esto, se dijo Penny, y se durmió hasta las nueve de la noche... Lo del pelo se había ido, pero lo de los ojos bizcos, ¿qué iba a hacer? Se daba cuenta de que no era tan perfecta como decían su madre y la vecina... Eso puede traer consecuencias, llegó a pensar Penny... Pero se dio ánimos y se vistió con su mejor vestido, el de su lujo bordado, y caminó hacia la casa del Hotel Sierra...

A las nueve y cuarto decidió salir de su casa para ir al Hotel, sí, y tuvo que ir sola. O sea, sin compañía, no tenía a nadie de compañía en todo el pueblo para ir con ella, y su madre no podía, eso estaba claro, y, las de la familia, la detestaban, incluso, de habérselo propuesto Penny, le habrían sacado su peor cara de perro y la habrían insultado e incluso golpeado... Recordaba los golpes que le daban cuando era chica... Su hermana Tina, que era la que vivía en el pueblo, ahora estaba bien situada, y de ir a la fiesta del Hotel, seguro que iría con su esposo, todo lo peripuesta posible y queriendo, aun sin valerlo, ser el centro de la reunión; tendría Penny que osar pisar el suelo del Hotel y estar en el mismo recinto que su hermana, pero como si no se conocieran... Y ningún chico o caballero tampoco iba con ella, y era lógico, no tenía mozo, por lo tanto, la mano segura de un chico que la llevara hasta el hotel era algo de lo cual tenía que prescindir... Es decir, pasito a pasito, lentamente, pisando fuerte esta vez porque tenía confianza en sí misma (qué remedio le quedaba, aunque no llamara la atención en la fiesta como su hermana Tina, le iba a dar igual, ya estaba acostumbrada), pensando que esta fiesta se la merecía y que ahí estaba ella, Penélope, una hija del pueblo que tenía todo el derecho a ir a una celebración agradable como cualquier otro hijo de vecino...

Algunas personas, la gente del pueblo que quedaba por las calles, la veía pasar. La veía alta en sus zapatos de tacones, bruñida de bordado brillante, con su cabello al viento, erguida y con el paso firme de quien va o al matadero o a la gloria... Una chiquilla que estaba jugando a las canicas con otro mocoso, la vio al pasar y le grito "¡Chalada!"... Unas viejas con pañuelos negros que había en un poyo y que tomaban vino de una bota, la maldijeron en voz baja y su maldición quedó como un murmullo de navaja afilada. Pero ella seguía su paso, seguía y seguía, acaso como si fuera a un oficio de la iglesia del pueblo, convencida de que se la jugaba en esta fiesta, convencida de que sus ojos bizcos no le

gustaban a nadie y de que, aunque su talle era precioso, podía echar para atrás solamente por su mirada torcida... ¿Y qué culpa tenía ella de su mirada quebrada? Ella no tenía la culpa, desde luego, pero le pesaba que, los supuestos galanes y las supuestas doncellas de aquel pueblo, por el mero hecho de ser bizca, aunque sin duda tenía que haber algo más en el caso, acaso que fuera porquera, no quisieran hacerle un hueco entre ellos, mucho menos en sus reuniones en la piscina, del mismo modo que Isabel y Tina no le daban ningún valor, como una Cenicienta, y a esa conclusión había llegado ella ya, a la de que no tenía ningún valor, y lo que más temía, a que no tenía ningún valor ni aun adecentándose y poniéndose lo más hermosa posible para aquella fiesta al solar del edificio en el cual se celebraba había llegado ya...

Vio los coches, numerosos, de todo tipo, como si se hubieran congregado en una chatarrería, pues le daban la impresión de chatarra el ver tanto y tanto coche allí acumulado. Brillaban con la incipiente luna de aquella noche. Eran las diez de la noche y la luna salía como cuidando de no hacerse notar, en relación a aquel concilio, pareciendo que al concilio no lo podía molestar nadie y la luna no quisiera hacer ruido con sus zapatitos de charol. Las estrellas ya punteaban el firmamento. Todo aquel universo y abajo la fiesta daba la impresión de ser algo fuera de orden. Porque la música ya sonaba, se oía desde el exterior y el universo no parecía darse cuenta de que allí mismo se estaba dando una fiesta de los Fresnal. Abajo, donde se situaba el solar y el pueblo, era donde podía tener sentido el movimiento de Penny, que se había extrañado de que todavía hubiera ese campo infinito de estrellas con la luna. La concentración tenía sentido humano, y Penny todavía, en su vida, se movía por el sentido humano, y por eso, ahora, con el tiempo apacible, sin prisa, relamiéndose en la buena temperatura, se detuvo un instante más en el aparcamiento múltiple. Había coches de todo tipo, coches extranjeros y coches nacionales, predominaban el color blanco y el azul y el negro. Iba a entrar ya al gran salón del hotel, cuando una pareja al parecer de matrimonio, de unos cuarenta años, la empujó sin querer, y dijo:

-Perdona, no nos habíamos dado cuenta.

Ese era el criterio que la gente siempre tenía con Penny, el no darse cuenta de su existencia si acaso más que para afearle por lo de sus supuestos defectos, ese matrimonio había dado en la clave de Penny, así que ella se dispuso a entrar en un recinto y pasar una noche, no sabía hasta cuándo aguantaría, en la cual no se le hiciera caso o no se aperci-

biera nadie de su presencia a pesar de lo guapa que decían que la habían visto su madre y la vecina... ¡Y entró al salón!...

Estaba oscuro y estaba lleno, la luz era muy escasa y la música y las voces se mezclaban en una sinfonía aturdidora, en la cual la gente estaba arracimada en grupos que no cesaban de hablar o de parlotear. Humo, de cigarrillos, no había. Por eso había visto a varios señores fumando en la puerta. Pero había otro ambiente raro de la obsesión por formar grumos de gente en los cuales se daban sonidos varios de voces, con algunas palabras sueltas que podía captar Penny, y risas, muchas y muchas risas. Todo el mundo, al entrar Penny, le daba la espalda, y ella avanzó hasta el centro del salón sin que nadie se fijara en su presencia y como si fuera un fantasma del hotel que lo hubieran soltado por ser una fiesta para todo el mundo, incluso para los fantasmas, nada más.

Penny cogió un vaso de champán de una mesa con hule blanco y se sentó en el primer sitio cómodo que se le presentó cerca, en una silla al lado de un sofá en el que había una pareja de jovencitos magreándose. Pero, pero... ¿vio aquello o no lo vio, cuando ya llevaba sentada cerca de media hora?... Se refiere el “relatista” a si vio a aquella persona determinada que le parecía de momento un tanto indeterminada o no la vio... Todo fue en un flash, pero recordó que, ante su vista, metido en medio del barullo de la gente, como quien va de paso y se detiene a algo, a observarla, habíase asomado un rostro con unos ojos oscuros que la miraban risueñamente. Siguió sentada en su sillita y miraba sin cesar y escuchaba el ruido ensordecedor de no se sabía qué música confundido con el sonar de multitud de voces como embotadas. Pero iba a empezar el baile. ¡Menos mal!, se dijo, ¡un poco de variedad!... Las luces del salón se encendieron todas y se despejó el centro del lugar y todo el mundo se fue para los lados o al jardín o a la calle con el vaso o la copa de bebida. Se pudo ver en un escenario el conjunto de una pequeña orquesta. Los ojos que hacía un momento había visto Penny, dio ella en considerarlos una suposición: no la había mirado, y menos fijamente, nadie, nadie...

Cuando ya se resignaba, y acababa de empezar el baile con música clásica, y pensaba que lo mejor sería irse enseguida a casa, sucedió no obstante lo que tenía que suceder. Y demostró que Penny podía haberse equivocado con aquella mirada del inicio...

El rostro del muchacho fue haciéndose cada vez más nítido en tanto se acercaba hasta donde se encontraba Penny. Al estar enfrente de ella,

sin bajar la cabeza, haciendo que Penny levantara un tanto su vista, el muchacho se le quedó mirando más directamente y mostrando una curiosidad indubitable... Lo que luego no pudo evitar ella es que fuera inmersa en aquel baile en un vuelo fácil o de alas delicadas con esponja suave y el que, después, bebiera de lo lindo, y que llegaran las tres, las cuatro de la mañana, que salieran al jardín y el que el hombre con el cual había estado bailando la mayor parte de la velada, que era el hijo de la familia Fresnal, y que se llamaba Hugo, por el cual se había hecho la fiesta toda aquella, y que se trataba de la despedida de soltero suya, para luego hacer un largo viaje al extranjero, rumbo al centro de Europa, a Viena, para un casamiento, la besara y la besara blandamente y le prometiera eso que es tan común en la gente y que, por otro lado, solo se menciona en ocasiones muy, pero que muy especiales, que es la palabra “amor”... Al menos, Penny había encontrado un lector...